

Da Porta, Eva  
Simón, Gabriela

[evadaporta@yahoo.com.ar](mailto:evadaporta@yahoo.com.ar) y [gsimon@arnet.com.ar](mailto:gsimon@arnet.com.ar)

Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba

Facultad de Filosofía, Humanidades y Artes, U. N. de San Juan.

Area de interés: Comunicación y política

Palabras claves: verdad- discurso televisivo- sujeto patémico

## LA VERDAD Y LAS FORMAS MEDIÁTICAS

1- El imaginario del desarrollo y de la modernidad siempre se alimentó, en América Latina, de promesas quebrantadas por el devenir (ver Hopenhyan, 2004: 13-36). No es el momento de detenerse en explicaciones, sino sólo afirmar el dato. Pero sin duda en las últimas dos décadas, asistimos a los procesos más fuertes de destrucción creadora, donde los referentes colectivos del amparo parecen derrumbarse al mismo ritmo en que crece la exclusión social y orfandad ciudadana. Probablemente más que en décadas anteriores, la sensación de falta de control sobre el futuro y sobre el presente recorre tanto al Estado como a las personas. Algunos, por supuesto, más que otros. Surgen del efecto combinado de ajustes estructurales para abrir las economías, flexibilización y restricción del trabajo, cambio en los sistemas productivos, reformulación del rol social del Estado, impactos "maníaco-depresivos" de la globalización financiera, desafección ciudadana, debilitamiento de las ideologías políticas y fortalecimiento de los imaginarios del riesgo y de la economía como paradigma de interpretación de lo real, por nombrar los hitos más conocidos.

Cabe señalar que los procesos antes mencionados habrían asumido en el ámbito local cierta irreductible singularidad cuyos rasgos más relevantes intentamos analizar aquí, centrándonos especialmente en la relación política-medios.

2- “La política implementada durante la pasada década en la Argentina –y que prosiguió inalterada pero en sordina en el posmenemismo- poco difiere del ‘modelo’ neoliberal aplicado con mayor o menor virulencia en las últimas décadas en toda Latinoamérica” (Tabachnik, 2002: 335). En este contexto, “el menemismo habría marcado un punto decisivo de inflexión en las relaciones –de poder- entre política y medios en la Argentina, presentado ciertos rasgos que en su combinación lo singularizarían”. (Tabachnik, 2002: 336). Dicho en otras palabras, el menemismo como expresión local del modelo neoliberal global, creó un particular vínculo con los medios que redefinió los propios criterios de verdad política en tanto los medios pasaron a ser su condición de posibilidad y de existencia. Si bien, estos procesos ya se venían gestando en décadas anteriores, los ’90 sellaron el vínculo a partir de una operación discursiva compleja. La verdad política se montó sobre un dispositivo discursivo ya existente, *los medios como condición de existencia del acontecimiento* (cfr. Verón, E. 1987) y desarrolló sus estrategias a partir de la doble articulación entre visibilidad/denuncia y acontecimiento/escándalo. Es decir que el discurso político se apropió de un conjunto de estrategias discursivas propias del discurso mediático y construyó su régimen de verdad a partir de esos valores, en el sentido bajtiniano del término.

Algunos autores hablan de “espectacularización” de la política, pero este término desrealiza el poder del discurso político, le quita performatividad en tanto lo vincula a la idea de ficción, de representación, a la noción de escenario o “pantalla”. Es justamente el poder de “realización” de los medios, de construcción de realidad lo que legitima el discurso político que trasvestido de discurso mediático abre nuevos modos de acción más “acordes” a los tiempos que corren. No sólo hay una adaptación a la hegemonía discursiva mediática, sino un uso estratégico de esta discursividad que le permite explorar nuevos lenguajes, retóricas y modos de apelar a los “ciudadanos-votantes” como públicos y audiencias mediáticas. Aquí queremos destacar un procedimiento inverso al ya reconocido proceso por el cual el discurso político debió adaptarse al ritmo mediático (ver Landi, 1992 y Wolton en Escudero, 2002). Lo que marcó la singularidad de este momento y quizás hoy su análisis nos ayuda a desnudar la naturaleza preformativa del discurso mediático, es que el poder político actuó a través de los medios y en algunos casos los obligó a adaptarse a

sus ritmos mediáticos (escándalos personales, de corrupción, denuncias generalizadas, anuncios políticos espectaculares, etc). Los medios no fueron sólo un espacio de distracción, de alienación en tanto se desplazaba constantemente la atención de la conflictividad social generada por la implantación del modelo neoliberal a escenas escandalosas de tono familiar o a disputas personalistas alentadas y amplificadas por el mismo gobierno. Los medios operaron como un espacio de acción de la política en tanto fueron *partenaires* de un diálogo que permitió al menemismo, como figura emblemática de la hibridación entre neoliberalismo y populismo, dos períodos de gobierno consecutivos.

Consideramos que esta amalgama es un antecedente fundamental para tratar de comprender, en parte, lo que pasó en el campo de lo político en diciembre de 2001 y las transformaciones discursivas operadas en los medios, sobre todo en la discursividad televisiva a partir de esa fecha que funciona como un vacío (Badiou, 1997) en la trama discursiva que exigió recomposiciones, suturas y emergencias para dar cuenta de las “nuevas” condiciones sociopolíticas del posmenemismo.

\* \* \*

Partimos de la hipótesis de que la política encuentra en la actualidad mediática el género discursivo fundamental a través del cual los actores políticos accedieron y acceden al espacio público, adquieren visibilidad social y configuran formas de la verdad. Nos centraremos especialmente en un massmedia: la televisión.

Nuestra interrogación y el título de esta ponencia es deudora de los análisis que realiza Michel Foucault, particularmente en *La verdad y las formas jurídicas* (1995). Señala el genealogista que en la sociedad hay sitios en los que “se forma la verdad, allí donde se definen un cierto número de reglas de juego, a partir de las cuales vemos nacer ciertas formas de subjetividad, dominios de objeto, tipos de saber, y por consiguiente, podemos hacer a partir de ello una historia externa, exterior, de la verdad” (Foucault, 1995: 17). Este análisis nos permite localizar la emergencia histórica de la verdad, una verdad. En el marco de este horizonte, intentamos indagar acerca de las formas mediáticas post-2001 en la Argentina y su configuración de la verdad política

Algunas aclaraciones importantes:

En esa materialidad que llamamos televisión se pone en juego un dispositivo discursivo, dispositivo que opera la visibilidad de lo real. Decimos visibilidad de lo “real” en tanto alumbramos aquellos lugares que parecen / aparecen, como lo real, lo natural hegemonizando el orden del discurso. Más allá del análisis de casos mediáticos, nos interesa reflexionar acerca de ciertas lógicas del sentido, lógicas que soportan una doble valencia: son condición de producción y de posibilidad de nuestras sociedades mediatizadas o sociedades del capitalismo tardío. La mediatización de la sociedad es un proceso a través del cual los dispositivos discursivos mediáticos están progresivamente formando, los modos como las formas simbólicas son producidas, transmitidas y recibidas en las sociedades contemporáneas y a su vez, las formas en que los sujetos experimentan los acontecimientos que ocurren en contextos espacial y temporalmente distantes (Thompson, 1998 y Verón, 1991 )

Este dispositivo discursivo, en los medios en general y en la televisión en particular, se prolonga en dos funcionamientos conjuntos que favorecen su naturalización (ver Da Porta, 2004: 202-203)

- su capacidad para volverse rápidamente *doxa*, opinión, sentido común: “ese acuerdo no escrito (ni sabido del todo), al que nos remitimos cuando las cosas, en lugar de ser pensadas, son ordenadas según normas que todo el mundo comparte sin elegir” (Sarlo, 1996: 113). Se vuelve *doxa* imponiendo registros genéricos, gnoseologías y temáticas al discurso cotidiano que juzga desde allí la relevancia, utilidad o legitimidad del discurso político.
- y su capacidad de disolución de la temporalidad y aniquilamiento del tiempo histórico que le quita fuerza transformadora a las emergencias, trabajando en un “presente continuo”. Esta capacidad de disolución de la temporalidad opera la amnesia, presente continuo que figurativiza una y otra vez escenas ya vistas/ya mostradas que por la misma lógica de borrado de la temporalidad, enmudece la particularidad, la individualidad y el peso del acontecimiento. Y ciega la tensión pasado-presente, borrando el orden de la memoria, instaurando el orden del olvido. Esta tiranía del presente le impone al discurso político una temporalidad del acontecimiento que reduce el poder programático y el

componente utópico y de fuga hacia el futuro que lo caracterizó tradicionalmente.

Estos funcionamientos naturalizantes presentan un desafío a los estudiosos de la comunicación y a los periodistas: hacen urgente y complicada a la vez, una “contrainterpretación vigilante” que por medio de una mirada crítica y relocalizada temporo-espacialmente permita ver cómo se produce hoy el espacio público, quienes lo hacen y cuáles son los procedimientos de producción de la verdad política que lo reducen al estatuto de noticia del día, vieja y olvidada para mañana. Lo que se olvida no son meros datos, el nombre de quien dio muerte por mano dura, cuál fue el funcionario que delinquirió, cuáles de las pistas que hay que seguir para poner algo de justicia sobre un atentado (AMIA, como ejemplo paradigmático) que se cobró víctimas. Lo que se diluye es la lógica perversa y connatural al neoliberalismo, esa que permite que convivan y sean igualadas en un imaginario *zapping* ético el asesinato de Cabezas y la “expulsión de una primera dama por la fuerza pública de la casa presidencial” en la década menemista o la tragedia de Cromagnon con el suicidio del periodista Juan Castro, más recientemente.

3- La crisis socioeconómica del 2001 implicó la emergencia y la consolidación en la pantalla televisiva argentina de una narrativa del presente que aborda la cuestión social, la exclusión y la pobreza desde una perspectiva centrada en la figura de un sujeto patémico. Pone en juego en el “discurso de la actualidad” un modo de incitación a la verdad centrado en la exposición pública de la subjetividad tanto del periodista como del sujeto relatado que destaca el valor patémico, subjetivo por sobre otros modelos de verdad más vinculados a la mirada “objetivista” del noticiero o a la mirada escéptica, irónica/paródica de programas de actualidad como CQC que crecieron durante la década de los '90.

La crisis en la escena política en diciembre de 2001 y los acontecimientos posteriores hasta la actualidad nos llevan a pensar que quizá hoy como sociedad aun no hemos terminado de saldar ese trauma, cuyo síntoma mayor es la hegemonía de un partido que ha cumplido su destino discursivo volvió y fue millones, millones de votos, millones de

contiendas, millones intrigas y retos a duelos (simulados o reales) que no pueden obturar el orden de lo fáctico.

La consigna “que se vayan todos” fue literal y metafórica y quizá, aunque parezca un horror decirlo, es demasiado pronto para poder ver sus efectos, también en los medios, de los cuales al menos podemos insinuar como figura paradigmática el “amordazamiento” de la “verdad política”.

Sostenemos que un punto de inflexión se produjo en la escena política en diciembre de 2001, en un momento de transición que redefinió, al menos en la escena televisiva de la actualidad nacional, los modos y estrategias de producción de lo real social. Nos referimos a la crisis político-institucional de diciembre de 2001 que irrumpió en la discursividad mediática, exigiendo nuevos-renovados modos de narrar el presente, dejando rápidamente en desuso ciertas estrategias discursivas hasta ese momento hegemónicas: “Los medios no fueron ajenos a esa ruptura, sus tramas discursivas también sufrieron desgarros, sus narrativas no alcanzaron a explicar lo que estaba ocurriendo y debieron recurrir a retóricas y narrativas disponibles y políticamente más adecuadas para tratar de no perder el liderazgo discursivo sobre lo real. En este sentido, podríamos decir que, si bien, los medios construyen los acontecimientos al hacerlos públicos (Verón, 1987), los acontecimientos de diciembre de 2001, destruyeron a los propios medios” (Da Porta, 2004: 212). Lo que queremos destacar es que entraron en crisis las narrativas mediáticas en uso y los modos hegemónicos y exitosos hasta el momento de “construir” mediáticamente lo social. La transmisión en directo de los cacerolazos, la represión policial y las protestas generalizadas no logró impedir la ruptura en el tejido de lo simbólico que, a modo de un “vacío de saberes”, trastornó la discursividad mediática dominante que ya no podía dar cuenta de las nuevas identidades que estaban pujando por hacerse visibles y de los conflictos que comenzaban a manifestarse públicamente por doquier. La ironía, como tono de época del discurso de actualidad imperante en los '90, comenzó a hacerse insoportable como acento dominante del relato de la actualidad televisiva e inoperante para describir lo que ocurría. La irrupción violenta, sin mediación previa de estrategias discursivas, de los excluidos del modelo socioeconómico de la pantalla (no vamos hablar acá de otro sector que ocupó la escena mediática, los cacerolazos de la clase media, sería tema de otro análisis y de otro

trabajo), dislocó las narrativas anteriores marcadas por la distancia irónica, escéptica y apolítica del enunciador respecto del enunciado. Nos referimos emblemáticamente a programas como *CQC*, *Las Patas de la Mentira* o *Duro de Acostar*, inclusive *Día D* y *Memoria* de Chiche Gelblung, que desde distintas claves retóricas, abordaron lo real con una tonalidad irónica y en sintonía con una lógica cínica que realimentó desde una distancia crítica el funcionamiento discursivo de lo político institucional y desconoció la dimensión política de lo social. En este punto Zizek señala: “En las sociedades contemporáneas, democráticas o totalitarias, esa distancia cínica, la risa, la ironía son, por así decirlo, parte del juego. La ideología imperante no pretender ser tomada en serio” (Zizek, 2004:55).

El vacío de sentido que implicó el quiebre político de diciembre de 2001 dejó al set televisivo como un no-lugar, en el sentido de Auge como un espacio despojado de expresiones simbólicas de identidad (Auge,1998), frente a la realidad del afuera del estudio que violentamente acortó las distancias enunciativas. La pulcritud del set se ensució con la mugre de la calle. Las condiciones de aceptabilidad de los discursos de actualidad cambiaron repentinamente en pocos días. Una Argentina pobre comenzó a hacerse visible en los medios. Nuevos sujetos e identidades no-políticas, en el público-mediático, reclamando un espacio político en la definición de los antagonismos sociales. La pobreza, el desamparo, el hambre, la enfermedad, comenzaron a tomar rostro humano y a reclamar presencia pública en una pantalla que durante años los había excluido, en un juego cínico con el poder de turno. Repentinamente “otro país” parecía haberse hecho presente, en el sentido de presencia. La barbarie irrumpiendo sobre la civilización, la Capital Federal, bastión del menemismo-delarruismo, apareció sitiada por inconmensurables villas de emergencias que las cámaras recién descubrían. La realidad perdió glamour, se puso “fea, sucia y mala”. Las pantallas debieron mostrar a los “residuos humanos”, como denomina Bauman, a esas masas de población que el modelo económico no puede ni pudo evitar (Bauman, 2005(b), 16). Luego de dos meses de transición donde los géneros y formatos de actualidad no acertaban a dar el tono, el dispositivo televisivo comenzó a gestar una nueva discursividad centrada en el testimonio y el tono documentalista sobre-dramatizado, más apropiado para servir de marco a los rostros sin dientes, avejentados de sufrimiento por el

hambre y el olvido. Promediando el 2002 los medios no sólo habían descubierto a los pobres sino que ya habían desatado una discursividad clasificatoria en torno a esa figura.

En ese momento comienza a gestarse una vuelta a cierto imaginario de la objetividad y la representación, pero motivado por una “voluntad de saber” y no de informar que terminó por articularse con géneros subjetivantes como el *talk* y el *reality show* que ya habían desembarcado en las pantallas argentinas. El carácter subjetivante de estos géneros se complementa con su mirada despolitizante de lo social en tanto se construyen en torno a la figura del individuo como mónada. Para Bauman, estos géneros “despliegan una gran capacidad de representar al vida humana, su tema y su sustancia como un conglomerado de problemas individuales, que buscan una solución individual que a su vez exige la utilización de recursos también individuales” (Bauman, 2005(a): 206). Voluntad de saber estructurada en el vínculo entre hacer-visible/hacer clasificable/hacer sensible esta “nueva” realidad amenazante.

Los pobres –que ya habían ingresado en la TV argentina a través de estos géneros íntimos, donde fueron tratados como casos patológicos de desviación de las normas– tomaron la pantalla por asalto, pero esta vez en otros géneros mediáticos. Sus ojos interpelaron a las cámaras que no podían evitarlos, sus historias, demandas y necesidades empezaron a tomar dimensión pública. Esta fuerza que funcionó como un desafío para el discurso político y como una amenaza para una clase media desarticulada fue un acontecimiento desestructurante para la TV, pero con el correr de los meses la hegemonía discursiva se fue reconstituyendo de la mano de recursos y retóricas testimoniales y patéticas.

\* \* \*

La emergencia de la pobreza desbordada (los pobres estructurales y los nuevos pobres) planteó para una clase media en estrepitosa caída la necesidad de reconocer este “nuevo paisaje ciudadano” para hacerlo controlable. Conjuntamente con este imaginario de la pobreza, del desamparo y de la “expropiación de las riquezas”, comenzaron a profundizarse otros imaginarios ciudadanos del miedo, la inseguridad y la violencia delictiva metonímicamente vinculados, como efecto directo de esa inmensa y creciente

“masa de pobres”, que el Index registraba semanalmente en apabullante crecimiento y el riesgo país traducía en lenguaje empresarial.

Estos imaginarios encarnaron su ejemplo paradigmático en el tratamiento mediático del caso Blumberg, un padre que reclamaba justicia por una muerte brutal pero que también reclamaba más seguridad la cual se lograría con mano más dura. Por si hacía falta se apeló a la cita de autoridad: el padre viajó a EEUU para importar sistemas punitivos rigurosos. Los medios “registraron” marchas que llenaban plazas, el ágora era ocupada por una clase media-alta que ya había sido expropiada de sus bienes, vía corralito, y en los palcos, los discursos no pudieron entamar a sus reclamos de seguridad, las causas más viscerales: pobreza, hambre, desnutrición, exclusión social.

Amalgama enunciativa: pathos y relato testimonial

Cuando la TV logró posicionarse enunciativamente frente a la pobreza, como intérprete privilegiado de sus demandas y necesidades, la amenaza pudo ser controlada. Los pobres podrían ser clasificados como víctimas, con realidades cotidianas inhumanas o como amenazas que demandan conocimiento y control.

Desde la primera perspectiva de la víctima, se desató una amplia productividad mediática que, montada en una postura “políticamente correcta” y a favor de los marginados, buscó conocerlos, acercar a los públicos a sus pesares cotidianos en una retórica hibridada entre relato subjetivo y relato antropológico-descriptivo. La clave de esta articulación es la figura del periodista/conductor/relator que posicionándose como un sujeto sensible y comprometido introduce al espectador en la experiencia del dolor y la miseria en un juego metafórico del “como si”.

Retomando una estética “realista” que el “nuevo cine argentino” comenzó a desarrollar unos años antes, la TV comenzó a producir nuevos formatos de actualidad. Programas como *Kaos en la ciudad*, *Punto doc.*, *Telenoche investiga* o *Ser urbano*, se proponían como narradores autorizados por criterios de verdad-evidencia-justicia, sacar a la luz, exhibir en la pantalla, claramente concebida como espacio de lo público, lo que había permanecido oculto en la década menemista y que ahora parecía nuevo: pobreza, marginación, hambre, discriminación. El estilo documentalista funciona como estrategia

discursiva para llevar nuevamente el antagonismo social al orden del enunciado y desplazarlo del orden de la enunciación, quitándole de este modo toda performatividad política transformadora. Y el tono subjetivista, sobredramatizado de las vidas pobres, ubica, el conflicto en la dimensión individual, desplazando la pregunta por las condiciones que hacen que esos sujetos sufran la pobreza o “amenacen” a la clase acomodada . La subjetividad dimensionada como individualidad sufriente solo moviliza la adhesión emotiva del espectador y corre del medio toda interrogación por la dimensión política y colectiva del problema relatado.

Los excluidos del sistema y los políticos, como su contrafigura, son construidos como sujetos del enunciado, mientras que en el orden de la enunciación los sujetos activos, los interlocutores son periodistas y televidentes.

El destinatario de estos programas es claramente la clase media, a la que se le ofrece un servicio del reconocimiento del territorio, un mapa de nuevas configuraciones sociales, con las cuales deberá interactuar en esta “crisis generalizadora que nos afecta a todos” como dice con tono dramático un conductor de informativo.

Al televidente se le propone un espacio de identificación con el enunciador y se lo invita a vivir esta aventura “cultural” de observar al buen salvaje desde la experiencia mediatizada de este “nuevo” territorio habitado por “otros” que debemos conocer. Se “humaniza” a los pobres, ubicándolos también como víctimas en una narrativa redencionista que necesita de la anuencia del enunciatario de clase media para hacerse efectiva, al instaurarlo como única instancia de control y pacificación social. (ver Da Porta, 2004: 214-215).

Estas nuevas narrativas que, se construyen sobre el retorno de cierto imaginario objetivista, desarrollado a partir de una retórica realista relatada un tono pasional y subjetivo, desarrollan los siguientes ejes discursivos:

-una posición ideológica “políticamente correcta” que inculpa a “los políticos” como sujetos responsables del caos social

-una sustitución enunciativa de la palabra del otro. El periodista pasa a ser el intérprete y gestor de la palabra pública del marginado;

-una inclusión simbólica estigmatizante y cristalizadora de los excluidos que los despolitiza en tanto como víctimas no pueden disputar poder ni hegemonía.

-un relato de lo real legitimado en la “experiencia” del periodista que además de testigo es un participante activo de la situación relatada y una extensión metonímica del espectador;

-la cristalización y normalización de las identidades colectivas en tanto las narrativas trabajan sobre casos y sujetos individuales fuertemente clasificados.

-la victimización de los marginados y la sobredramatización de sus vidas en el marco de narrativas redencionistas;

-la atribución y nominación de identidades culturales: “nuevos pobres”, “piqueteros”, “tumberos”, “pibes chorros”, “cartoneros”.

\* \* \*

La visibilidad pública de una crisis social gestada durante décadas terminó con un discurso político y mediático construido en clave de cinismo. Un discurso que como plantea Zizek no es ingenuo y está al tanto de la distancia entre la máscara y la realidad y a pesar de ello insiste en la máscara. “Es una negación de la negación que considera que la verdad es la forma mejor de la mentira” (Zizek, 2004: 57). Pero esa desarticulación del discurso cínico no implica necesariamente una politización del espacio público mediático, entendido espacio que se asume conflictivo y escenario de luchas por la construcción de los sentidos colectivos. Una cierta utopía de futuro se comenzó a movilizar en estos renovados imaginarios de nación, una cierta sensibilidad por el “otro” comenzó a emerger en esos relatos del presente, pero todavía es pronto para la comprensión de este, nuestro presente. Debemos esperar la posibilidad que da la distancia para analizar si prevalece la lógica “normalizadora” y nuevamente naturalizadora y despolitizante o la que se propone reconocer al otro, como un acontecimiento, “como la experiencia del otro como otro”, diría Derrida (1999:36) con capacidad política y discursiva propia. Lo que podemos aventurar es que a partir del 2002, los medios parecen arrogarse la representación del otro, “del otro que no soy yo” y que a partir de allí le gestionan su imagen en el espacio público. Habrá que ver cómo se define esta lucha por la construcción de colectivos de identidad como plantea Verón. (Verón, 2002) si se impone la lógica populista, particularista y multicultural o gana

espacio la “cosa política” en el sentido de luchas entre poder constituido y poder constituyente (Gruner, 2002). La TV intenta ponerle nombre y hacer visible a aquello que molesta al modelo neoliberal, a aquellos que sobran como plantea Bauman y en ese trabajo de nominación se juega hoy gran parte del juego de la hegemonía. Pero como ese juego no es estático y siempre implica dialécticamente la contrahegemonía no podremos cerrarnos a esperar que estas emergencias discursivas impliquen al menos algún quiebre en la trama hegemónica. Como señala Derrida respecto de la actualidad mediática: “por mas artificial y manipuladora que sea, no puede no esperarse que la artefactualidad se rinda o se pliegue a la venida de lo que viene, al acontecimiento que la transporta y hacia el cual se transporta. Y del que dará testimonio, aunque sea en defensa propia” (Derrida, 1999: 18)

La crisis social puso en evidencia que el grado cero del discurso de los medios es la mirada de la clase media, cuya perspectiva naturaliza la mirada sobre sí y exotiza lo que está más arriba pero también más abajo. Naturalización que como decía tempranamente Barthes, antes de que el Capitalismo tardío tuviese el peso de lo fáctico hace que en los medios se construya la norma de la clase media, como lo natural, lo verdadero, lo real y lo otro como lo desviado, extraño o exótico.

#### Referencias bibliográficas

- Abraham, T., Badiou, A. y Rorty, R. (1997) *Batallas éticas*, Bs. As., Nueva Visión
- Auge, M (1998) *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*. Barcelona, Gedisa
- Bauman, Z. (2005a). *La Sociedad Sitiada*. México, Fondo de Cultura Económica  
(2005b). *Vidas desperdiciadas*. Barcelona, Paidós
- Da Porta, Eva (2004) “Acontecimientos políticos, efectos discursivos” en Antonelli, M. (coord.) *Cartografías de la Argentina de los '90*, Córdoba, Ferreyra, 2004. pp. 201-217.
- Derrida, J. (1999) *Ecografías de la televisión*. Eudeba. Buenos Aires
- Escudero, Lucrecia (2002) “Editorial: La comunicación política. Transformaciones en el espacio público” en *Revista de Signis/2*, Barcelona, Gedisa, abril 2002, pp. 9-12

- Foucault, Michel (1995) *La verdad y las formas jurídicas*, Barcelona, Gedisa.
- Grüner, Eduardo (2002) *El fin de las pequeñas historias*. Bs. As., Paidós
- Hopenhayn, Martín (2004) “Desamparo y exclusión social en América Latina” en en Antonelli, M. (coord.) *Cartografías de la Argentina de los '90*, Córdoba, Ferreyra, 2004. pp. 13-36
- Landi, Oscar (1992) *Devórame otra vez*, Bs. As., Planeta.
- Sarlo, Beatriz (1996) *Instantáneas. Medios, ciudad y costumbres en el fin de siglo*, Buenos Aires, Ariel.
- Tabachnik, Silvia (2002) “Escándalo y ‘post-política’. El menemismo en escena(s)” en *Revista de Signis/2 “La comunicación política. Transformaciones del espacio público”*, Barcelona, Gedisa, abril 2002, pp. 331-344
- Thompson, J. B. (1998) *Los media y la modernidad*. Bs. As., Paidós.
- Verón, Eliseo (1987) *Construir el acontecimiento*. Barcelona, Gedisa.  
(1991) *La Mediatización*. Bs. As. Eudeba  
(2002) “Mediatización de la política: discursos en conflicto, cruces y distinciones” en *Revista de Signis/2*, Barcelona, Gedisa, abril 2002, pp. 367-377
- Zizek, S (2004) *El sublime objeto de la ideología*. Bs. As., Siglo XXI